

pués de una larga y penosa travesía arribaron á Génova, de donde se trasladaron á Civitavecchia.

En la obra manuscrita *Anatomía político-moral del Ministerio de Lisboa en la causa de los jesuitas*<sup>55</sup>, se dice que á 20 de Diciembre (1759) se hizo otro embarque de jesuitas en Lisboa, en dos navíos suecos prevenidos para transportarlos á Italia. En el principal de estos navíos embarcaron á trescientos diez y nueve y en el otro á ciento diez y nueve.

Al salir de barra estos cuatrocientos treinta y ocho jesuitas, fué un espectáculo de admiración y pasmo á los portugueses, al ver la alegría que mostraban todos, especialmente los jóvenes, por la mayor parte nobles, de bellas prendas y esperanzas, y que con valor y ánimo dejaban

servir al Ministro, cuyas órdenes ejecutaba á ciegas; mas cuando vió que la desgracia de dichos religiosos iba más allá de lo que había previsto, se retiró; de lo que, ofendido Carvalho por faltarle tan condecorado instrumento, le puso mal con el Rey, y cayó en desgracia del mismo Ministro, lo que le habrá servido para que Dios le recibiese en su gracia.

su patria, á casa, padres, parientes y amigos por seguir á Jesús en su santa Compañía.

Por Junio de 1760 se hizo otro embarque de doscientos sesenta y cinco, y otro de cuarenta y nueve por Septiembre. Se hacían estos embarques á medida que llegaban los jesuitas de América y otras misiones. Otro se hizo de noventa y dos en Mayo de 1761, y por último otro de cincuenta y nueve en Junio, y con esto se dió fin á los embarques. Los que quedaban continuaban en las cárceles de Lisboa.

#### §. VIII.—Expulsión de los jesuitas de las colonias portuguesas.

Si volvemos la vista al otro lado de los mares, donde los jesuitas habían fertilizado naciones incultas, observaremos que se llevaron á cabo las mismas peripecias que en la metrópoli, porque arrebatándolos de sus trabajos civilizadores, los hacinaban en el primer buque que se hacía á la vela para Portugal; y cuando estos Padres, ignorantes de la acusación que

tendría que hacerles el Gobierno, llegaban á Lisboa, los encerraban en las cárceles.

Así se ejecutó con los jesuitas que existían en la fortaleza de Mazagano y en las islas de la Madera, Fayal, Tercera y San Miguel. Los Padres del colegio de Angola, capital del reino del mismo nombre, fueron conducidos al Brasil, de donde se trasladaron luego á Europa.

Entre las provincias de la Compañía de Jesús en los dominios transmarinos de Portugal, tenían el primer lugar el Brasil y el Marañón, aquel inmenso país de la América meridional que quizá hoy no sería cristiano ni hubiera estado nunca sujeto á la corona de Portugal, si los jesuitas no lo hubieran civilizado á costa de su sudor y de su sangre.

Por esto mismo resalta más la ingratitud ó la barbarie de Carvalho, que sin tener en cuenta los relevantes servicios prestados á la corona en aquella parte del mundo por los jesuitas, llevado del odio que les tenía se empeñó en arrojarlos de las misiones.

BRASIL.—Empezando, pues, por el Brasil, antes que en aquella remota región se recibiese el decreto de expulsión ni orden alguna de la corte para ejecutarla, ya todas las casas de los jesuitas habían sido cercadas de soldados, sus bienes confiscados, y asignada á cada uno la pensión de dos reales diarios.

Y fué el caso que con la flota que de Lisboa arribó á Pernambuco en Mayo de 1759, recibió el Gobernador de esta ciudad cartas particulares en las que le noticiaban lo que pasaba con los jesuitas en el continente de Portugal, y tomó sobre sí el seguir el viento que corría en la Corte.

Súpulo el Gobernador de San Sebastián, quien siguió su ejemplo, fuera de la asignación diaria, pues en vez de dos reales mandó que se les dieran seis. Ambos Gobernadores dieron cuenta de lo que habían hecho á D. Marcos de Noroña, que lo era del Brasil, exhortándole á imitarlos.

Noroña mostró al principio gran dificultad en usar de tal violencia con los jesuitas, á quienes estimaba, y además le

parecía una medida muy irregular y odiosa, no habiendo recibido todavía órdenes del Gobierno; pero al poco tiempo, temiendo que el no conformarse con los otros fuese causa de ruina para él y toda su casa, conociendo el despotismo de Carvalho, tomó al fin la resolución de perseguir á la Compañía.

En tal estado de cosas, el 7 de Enero (1760) llegó á San Salvador un Coronel enviado por el Ministro, el cual prendió á todos los jesuítas de dicha ciudad, teniéndolos en la más estrecha prisión durante cuatro meses que trascurrieron hasta que los presos fueron embarcados para Lisboa.

En la iglesia de los Padres hizo un botín de cuanto en ella había de precioso en candeleros, lámparas, cálices y demás alhajas, y todo lo mandó á Carvalho para dar pábulo á su insaciable codicia, y para que tuviese con qué pagar las sátiras que en Roma y Portugal se escribían furiosamente contra los jesuítas.

Al mismo tiempo que el Coronel trataba de semejante modo á estos religiosos en la ciudad, expidió agentes y soldados

á las misiones para apoderarse de los misioneros y conducirlos á la capital; y es indecible cuanto padecieron aquellos pobres sacerdotes en el camino, hallándose distantes de San Salvador cuatrocientas y hasta ochocientas millas, conducidos entre soldados como si fueran reos de atroces delitos, y atravesando inmensos desiertos.

En San Salvador los encerraron en la casa de Ejercicios, donde estuvieron por espacio de seis meses; y tanto aquí como en los demás lugares, los Comisarios regios, ejecutores de las órdenes de Carvalho, hicieron padecer sobremanera á los misioneros, tratándolos con ignominia y desprecio, trasladándolos de lugar en lugar, despojándolos de las más pequeñas bagatelas de su uso, y teniéndolos en suma estrechez hasta que hubiese buque que los llevase á Lisboa.

Antes que los misioneros llegasen á San Salvador, partieron para Portugal en 19 de Abril (1760) los que se hallaban allí reunidos, que eran del mismo San Salvador y de los colegios vecinos, en número de ciento veintidós; los demás se hi-

cieron á la vela en diferentes épocas, componiendo un total de 198 jesuitas.

Dejando para más adelante el referir su navegación hasta Lisboa, no queremos pasar en silencio lo que sufrieron los del colegio de San Pablo, y los de las misiones y residencias pertenecientes al mismo colegio, hasta que se reunieron con los que estaban en San Sebastián.

Hecha la confiscación de todo cuanto tenían, con el mismo rigor que en otras partes, el día 21 de Enero (1760) salieron de la ciudad y colegio de San Pablo, llevando por vanguardia, para aumentar su ignominia, cinco malhechores que el Gobernador de la ciudad había mandado encarcelar por sus delitos. Iban rodeados de soldados, y á retaguardia el Gobernador con dos de sus ministros y el resto de la infantería.

Caminando de este modo, llegaron á las tres de la tarde á una posesión de Padres Benedictinos, donde se detuvieron para tomar algún descanso. Esperábalos el P. Abad con otros dos religiosos, que los recibieron derramando lágrimas, ma-

nifestando de este modo la compasión y el dolor que sentían de verlos en un estado tan humillante, sin ningún delito conocido. A la mañana siguiente continuaron su viaje y anduvieron todo el día hasta muy entrada la noche, por caminos fragosísimos y con un tiempo tempestuoso, sin tomar ningún alimento ni el menor reposo, y llegando al puerto llamado Cubatano, se hospedaron en una casa que había pertenecido á los mismos jesuitas.

En las piezas superiores se colocaron el Gobernador, sus ministros y demás comitiva, destinándose á los jesuitas la parte baja, que apenas si bastaba para veinte y tres individuos, ni había en ella donde poder descansar; de suerte que, mojados como estaban, no tenían sino el pavimento, que les servía de asiento, de lecho y de mesa.

El siguiente día, 23 de Enero, fiesta de los Desposorios de Nuestra Señora, el superior pidió permiso para celebrar la Misa, y le fué negado por la razón ridícula de que habiendo allí mucha gente, el decir la Misa en presencia de tantos

sería comunicar con ellos, lo cual estaba severamente prohibido. El mismo día, á pesar de la lluvia, siguieron su marcha navegando por el río, y el 2 de Febrero llegaron á San Sebastián.

Reunidos en este puerto, los embarcaron para Lisboa, y la manera con que los trataron durante la travesía no pudo ser más cruel; porque deseando los superintendentes regios cumplir exactamente las órdenes de Carvalho, se hubieron con ellos tan inhumanamente como se usa con los esclavos y los condenados á galeras.

Corría la estación más calorosa del año, que en aquella parte del Océano que cae bajo la zona tórrida es mucho más sensible, y sin embargo los tenían encerrados en la parte inferior de las naves, en lugar angosto, sin que les fuese permitido subir á la cubierta para respirar un poco el aire, y por esta causa no es extraño que muchos enfermasen. A la entrada del lugar en que los jesuitas estaban encerrados, había continuamente centinelas con el sable desenvainado, como si custodiasen á unos reos furiosos, ó estuvieran

en una plaza á la vista del enemigo: de este modo aguerría Carvalho á la tropa portuguesa, adiestrándola en la gloriosa empresa de guardar á unos religiosos inermes é inofensivos.

La comida que les daban era una escudilla de legumbres, y para beber tres vasos de agua al día; por cuya razón en un tiempo y en un lugar en que tanto se apetecía el agua, ardían de sed y sufrían sobremanera, especialmente los de la nave *Pernambuco* en la que murieron cinco durante la travesía.

Pero aún pasó más adelante la barbarie de los crueles comisarios; porque los primeros jesuitas que llegaron á Portugal tuvieron que detenerse en el río Tajo, esperando que llegasen los demás, y en esta no breve demora, no sólo se les prohibió saltar á tierra ó subir á cubierta, sino que les privaron del único alivio que tenían, y era la escasa luz y el poco de aire que recibían por las troneras de los cañones, que se mandaron cerrar luego que la nave llegó al puerto, para que los presos no pudiesen ver ni ser vistos; así fué que,

además de las grandísimas molestias de la estrechez, del calor, de la fetidez, sufrieron el tormento de estar siempre en tinieblas.

Llegados que fueron los últimos desterrados, los transportaron en el más alto silencio de la noche, á todos juntos, á una nave genovesa, y en número de 266 zarparon la víspera de San Pedro para Italia, á donde arribaron tan débiles y llenos de escorbuto, que al poco tiempo murieron muchos, mayormente los ancianos.

Antes del embarque, los comisarios separaron al provincial y algunos superiores, y los encarcelaron en Lisboa.

Justo es que hagamos aquí mención del Capitán D. José Martínez, que condujo una expedición de jesuítas desde San Salvador á Portugal, el cual, aunque no les permitió salir de la cámara ni hablar con persona alguna, en lo demás los trató bien, y llegando á Lisboa se excusó de haberlos tenido de aquella manera por cumplir lo que le fué mandado en San Salvador. En medio de tantos trabajos y

de gente tan desapiadada, no es poco alivio encontrar un corazón compasivo.

También hallaron los jesuítas del Brasil defensores. Entre otros, el digno Arzobispo de aquella capital, anciano octogenario, tuvo el valor de responder á la Corte, que después de muchas averiguaciones halló á los jesuítas inocentes de todas las culpas que se les imputaban; por cuya confesión justa y franca fué, de orden de la misma Corte, depuesto de su silla, echado á tierra su dosel en la iglesia catedral, secuestradas todas sus rentas, y obligado á vivir miserablemente de las limosnas que le suministraba la caridad de los fieles: tal era la tiranía con que llevaba Carvalho el asunto de los jesuítas.

MARAÑÓN Y PARÁ.—En Agosto de 1754 terminó sus días la Reina madre, á la que el Rey había conservado siempre gran veneración y amor. Esta princesa había introducido á Carvalho en el poder, como ya lo hemos dicho, pero luego se arrepintió al conocer las tendencias de su protegido.

Pocos días antes de su muerte, se trató

en consejo secreto, en presencia del Rey, de arrojar á los jesuítas del Marañón. Casi todos los consejeros, prevenidos por Carvalho, aprobaron la propuesta; pero el Monarca quiso antes consultarlo con la Reina madre, la que disuadió á su hijo de semejante proyecto.

Siguióse la muerte de la Reina, y al punto trató Carvalho de poner en ejecución sus planes meditados contra los jesuítas de América; á cuyo efecto renovó las órdenes urgentes á su hermano Francisco Javier de Mendoza <sup>54</sup>, á quien el año anterior había enviado con el cargo de Gobernador del Gran Pará y Marañón, con particulares y secretas instrucciones para despojar de las misiones á los jesuítas.

Estos religiosos dirigían tranquilamente las que habían fundado en aquellas provincias, y las gobernaban no menos en lo espiritual que en lo temporal, conforme á Reales órdenes, cuando se le puso en la cabeza al Ministro quitarle el gobierno temporal de ellas; el cual gobierno traía grandes ventajas á aquellas recientes cris-

tandades, que habían sido confiadas á su fidelidad é industria por los monarcas, y de ningún modo las usurparon ellos por sí mismos, como falsamente se dijo en los manifiestos de Lisboa.

Sin embargo, Carvalho, creyendo sin duda dar una gran pesadumbre á los jesuítas, hizo publicar con fecha 6 de Junio de 1755 un real decreto mandando que en adelante no dependan los indios en lo temporal de los misioneros, sino de los gobernadores seculares.

Dispuestas así las cosas, el 7 de Junio de 1760 llegaron al Marañón dos naves: una de ellas fondeó fuera del puerto, y mandó á tierra á un Capitán, acompañado de algunos soldados para comunicar al Gobernador el decreto de destierro de los jesuítas, partiendo luego al Pará con el mismo objeto.

Apenas el Gobernador del Marañón leyó el decreto, mandó reunir la milicia y asedió el colegio de los Padres con el mismo rigor que en otras partes. Hecho esto, expidió soldados para prender y conducir al colegio á los demás jesuítas

que se hallaban dispersos en las misiones del país, los que entraron presos en la ciudad, que lloraba amargamente viéndolos arrastrados con tanta ignominia.

Los alumnos del Seminario fueron enviados á sus casas, doliéndose de tener que dejar á sus maestros, no menos que sus familias, por ver á sus hijos abandonados sin saber á quién confiarlos.

Al propio tiempo se publicó á son de tambor y á la voz del pregonero el decreto de expulsión, en el que á todos los jesuitas se les declaraba traidores, falsarios, enemigos del Rey y del reino, reos de lesa majestad, y de todos los demás delitos de la invención de Carvallo.

Los Comisarios pidieron los libros de cuentas, y tomaron posesión de todo cuanto había dentro y fuera de casa, perteneciente á los jesuitas, y concluido esto los condujeron, en número de ochenta y seis, á embarcarse en la segunda nave que allí había quedado con este intento.

Fueron colocados en la parte destinada á las mercancías, y el local libre era incapaz de recibir tantas personas, ni ha-

bía en él más lecho que el pavimento, donde poco antes había habido sal. Aquella noche y los dos días siguientes no les dieron nada de comer, y naturalmente padecieron un hambre cruel, de la que uno de ellos cayó desmayado de debilidad, y lo mismo hubiera sucedido á todos, si los soldados que hacían centinela no les hubiesen socorrido con algunos trozos de carne y pan <sup>55</sup>.

El día 14 de Julio zarpó la nave tomando el rumbo del Pará. Cuando estuvieron en alta mar les dejaron salir á cubierta, pero con la prohibición severísima de tratar con persona alguna de la nave, incluso los soldados y marineros. El lugar destinado para que tomasen el aire era el de los animales que llevaban para la provisión, y causaba lástima el ver á unos sacerdotes encanecidos, llenos de méritos, notables por su nacimiento, por su saber ó por su virtud, mezclados con los animales.

La comida que les daban era vilísima y mal condimentada, y la bajaban en un caldero con una cuerda; y además de ser



el alimento miserable, se hacía siempre asqueroso, especialmente en tiempo de cena, por ser el destinado á la limpieza.

Al quinto día de navegación estuvo el bajel en grave peligro de perderse. En tal aprieto, algunos soldados y marineros quisieron confesarse; pero no lo consintió el Capitán, ya por ser de suyo desapiadado, ya por temor de caer en la desgracia del Ministro, que quería se cumplirán ciegamente sus órdenes draconianas.

Finalmente, llegaron al Pará en 24 de Julio, y antes de salir la nave los despojaron del dinero que llevaban y de la mayor parte de sus prendas, y los condujeron al colegio á reunirse con sus compañeros, que también estaban asediados con el mismo rigor.

Los humillantes desprecios de que eran objeto los jesuítas, los trabajos y las continuas injurias que sufrían, les hacían desear la pronta salida de aquel colegio; no porque esperasen mejor suerte, sino al menos por variarla.

Llegó la hora deseada y partieron para Portugal en una nave de guerra,

siendo colocados en la parte inferior, demasiado incómoda y estrecha para recibir ciento cinco que se contaban. Las ocho primeras noches carecieron de lecho, durmiendo sobre los cables ó como podían, y no daban un paso sin que se pisasen unos á otros.

Las camas que después les hicieron, eran de cuerdas suspendidas, tan cortas, que no podían extender las piernas, y tan angostas que apenas cogía el cuerpo; de modo que más parecían ecúleos para atormentar, que lechos para servir de descanso.

A estas graves incomodidades se juntaban otras de no menor relieve; porque el hedor de la sentina era intolerable, y la comida sobradamente mala y escasa; todo esto fué causa de continuos desmayos, y de que cuatro murieran durante esta navegación, y todos los demás, pálidos, consumidos, y semejantes á unos cadáveres, llegaron el 3 de Diciembre al puerto de Lisboa: los enfermos pasaron al hospital y conventos de religiosos, y los demás fueron distribuidos en las cárceles de Inconfidencia.

El día siguiente, otros jesuitas presos anteriormente, en número de ciento noventa y dos, fueron trasladados á una nave dinamarquesa que hacía dos meses estaba fletada. En esta navegación hallaron entre los herejes y extranjeros el respeto y la compasión que no habían encontrado en los católicos y compatriotas, y llegaron á Civitavechia en 17 de Enero (1760.)

GOA.—Antes que se recibiese en la India el fulminante decreto de expulsión, y por noticias que hubo confidenciales, en 27 de Septiembre de 1759 intimaron al P. Benito Monteiro, párroco de Santa Cruz de Salsete, que se retirase al colegio de Racciol, despojándole de cuanto tenía de su uso, hasta de los libros y ropa blanca, y haciendo depositario de todo al tesorero de la misma iglesia. Halló el colegio de Racciol cercado, y encerrados en él á todos los jesuitas de los puntos cercanos.

Bajo pretexto de registrar la casa, mandaron á todos los religiosos que se retirasen al coro, y luego á mansalva los

oficiales y soldados robaron cuanto pudieron.

De allí los trasladaron á Goa, capital de la India portuguesa, reuniéndolos con los del colegio de San Pablo de dicha ciudad. «Con ocasión del arresto de los jesuitas, dice el autor de la *Vida de Carvalho* <sup>56</sup>, vió la ciudad de Goa con horror el saqueo que se hizo en el preciosísimo tesoro del cuerpo de San Francisco Javier, vendiéndose públicamente algunas ricas alhajas que servían de ornato al sepulcro del Santo, de cuyas manos, con indignación de todos los buenos, fué arrebatado un preciosísimo bastón adornado de brillantes, donación del Virrey Conde de Sandomil (1).»

En 20 de Diciembre de 1760 se embarcaron ciento veintisiete jesuitas para Lisboa en la nave *La Concepción*. El capitán,

---

(1) El mismo autor, en el tom. V, pág. 169, añade: «Oyóse con horror la relación que hizo en la Secretaría de Estado el capitán de una nave llegada de la India á Lisboa en los últimos días de Enero de 1778, el cual denunció 19 cajas llenas de plata y joyas, quitadas todas del sepulcro de San Francisco, de